Cuentos del aeropuerto de los mares del sur

Francisco Morales Domínguez

Primera edición: enero 2025

©Derechos de edición reservados.

Colección: Cuentos

©FranciscoMoralesDomínguez

Maquetación: Ana Torres Marín
Diseño de cubierta: Ana Torres Marín

ISBN:

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida de manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación, en internet o de fotocopia, sin permiso previo del editor o del autor.

El editor no tiene por qué estar de acuerdo con las opiniones del autor o con el texto de la publicación, recordando siempre que la obra que tiene en sus manos puede ser una novela de ficción o un ensayo en el que el autor haga valoraciones personales y subjetivas.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas foto- copiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 917021970/932720447)

IMPRESO EN ESPAÑA - UNIÓN EUROPEA

A mis antiguos compañer@s del aeropuerto Reina Sofía

Calcetines

Vi un anuncio en el periódico de una oferta de trabajo en el aeropuerto de los mares del sur, que consistía en algo desconoci- do para mí el llamando: "handling". Acudí a la entrevista intriga- do y, al llegar, se disiparon mis nervios. El trabajo consistía en la carga y descarga de equipaje. Me sentí capaz del trabajo y, cuando llegué a casa, se lo conté a mis padres, ellos se alegraron. Luego se lo dije a mi novia y ella me felicitó. Me dijo que la necesidad es lo primero. Luego una vez me relacionara en el aeropuerto, podría encontrar otro trabajo. Los días pasaron y los turnos de madrugada me costaba levantarme. Mi novia prácticamente me vestía, con una peculiaridad: los calcetines los ponía diferentes, aunque fueran del mismo color, los ponía uno más alto que el otro. El trabajo me iba matando con tanta madrugada. Lo peor era mi novia que también la estaba matando. Ella estudiaba opo- siciones al Cabildo. Me sentía fatal con tanta madrugada. Un día le dije a mi novia de mudarnos cerca del aeropuerto. Ella se negó y no lo entendí, me alegó que estaba acostumbrada a la ciudad. Acepté sus disculpas y me di cuenta de que no había manera de cambiarla. Seguí en el aeropuerto hasta que me hicieron fijo, y en ese día mi novia me dejó. Me dijo que no podía con la vida de un trabajo tan duro. No soportaba las madrugadas. Yo estaba fijo y me había costado mucho para llegar a esa situación y no podía dejar el trabajo. Pensé que un clavo quitaría otro clavo. Así que la olvidé. Decidí dejar pasar página. Con el tiempo, me vi a mi ami- go Enrique que se había hecho piloto, y quedamos para tomar una cerveza. Él venía de jugar al padel. Me fijé en una

característica

singular: tenía un calcetín más alto que el otro. Me sorprendió. Le pregunté cómo le iba y me dijo que estaba casado con dos hijos, ella era una funcionaria del Cabildo. Me comentó que tenía que haberla conocido, pues fue al mismo instituto que yo y vivió en el mismo barrio. No le seguí la conversación al insistirme en que era muy feliz. Me di cuenta de que a las personas nunca se les puede privar de su felicidad.

Árbitro

La ilusión de mi hijo era saltar al campo de fútbol y dispu- tar todas las finales de los campeonatos. No se quería perder una. Su afición por el fútbol era total. Yo le traté de inculcar mi pasión por la aviación, pero no había manera. Yo era un controlador aé- reo en el aeropuerto de los mares del sur y lo ganaba bien. Cada vez que iba un domingo al campo de fútbol a ver a mi hijo se me caía la cara de vergüenza: era un jugador de lo más marrullero que había visto. Mira que daba patadas. No llegaba a terminar los par- tidos porque casi siempre era expulsado, cuándo no era por una cosa era por la otra. No había una zancadilla, codazo o cabezazo que no tuviera una amonestación. Su fama le precedía. Al final a mi hijo los equipos no le querían ni ver. Iba vagabundeando hasta que cumplió dieciocho años y tenía edad de trabajar. Había termi- nado el acceso a la universidad. Le pregunté qué quería estudiar y me dijo que árbitro, me quedé sorprendido, pero luego reflexioné y me di cuenta de que mi hijo se conocía todas las sanciones y faltas que un jugador podía cometer. Era como estudiar sin abrir el libro. Le dije que en las categorías inferiores no se ganaba di- nero y que la carrera de árbitro tendría que compaginarla con otra cosa. Le sugerí la aviación y esta vez me escuchó y me preguntó:

—¿Dónde se hace más ejercicio físico? —preguntó él.

—Supongo que los que trabajan con las maletas —le con- testé—. Se les llama maleteros. ¿Para qué quiere trabajar de eso? —le pregunté.

—Para ponerme en forma, papá.

Mi hijo me volvió a sorprender. Al fin y al cabo, su pasión era saltar al campo y disputar las finales, y nunca dijo con qué color quería la camiseta. Espero que espabile y algún día se haga controlador como yo.